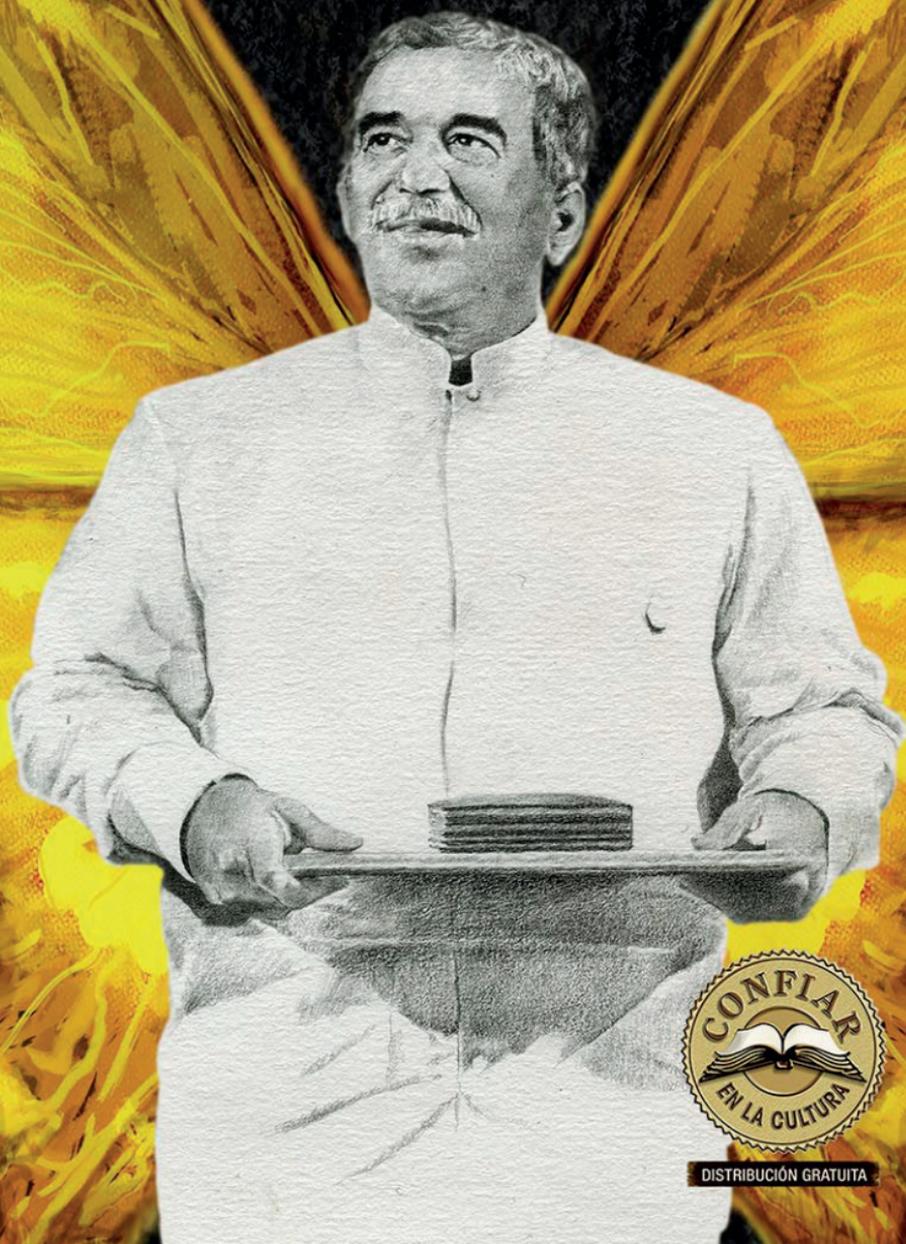


GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Gabriel García Márquez

Septiembre de 2014

Edita:

Fundación **CONFIAR**

Calle 52 N.º 49 - 40

Tel: 448 75 00 Ext. 4201. Medellín

fundacionconfiar@confiar.com.co

www.confiar.coop

ISBN: 978-958-57673-8-6

Diseño e impresión:

Pregón S.A.S.

Se usó papel Propal Beige de 90 gramos
y cartulina de 200 gramos.

Esta publicación no tiene valor comercial.

Contenido

Leer para ampliar el mundo	5
La soledad de América Latina	7
¿Cuánto cuesta hacer un escritor?	19
“La patria amada aunque distante”	31
El cataclismo de Damocles	37
García Márquez, el último encuentro	45
Biografía	
Gabriel García Márquez	53

Leer para ampliar el mundo

Oswaldo: —¿Cómo te pareció tu apartamento pintado?

Aura López: —Amplíé el mundo. Me sentí bien. Hay cosas dañinas para el sentimiento, pero me encuentro con ustedes, y siento una serenidad tan bella. Estoy feliz en mi cama. Ha sucedido algo muy hermoso, todo a partir de unas personas que no conozco... La gente de **CONFIAR**. Me gusta hablar, pero se me han ido las palabras con esta emoción.

(Medellín, lunes 12 de mayo de 2014, al habitar nuevamente su cuarto propio).

Ampliar el mundo, habitarlo, transformarlo, arraigarlo a veces y, cuando sea necesario, reinventarlo..., el mundo propio, el nuestro. Esa es la intención que **CONFIAR** tiene no solo con la lectura, sino con la economía misma, con la

manera como tejemos y construimos las relaciones con nosotros mismos, con los demás y con el entorno que nos hace posibles.

CONFIAR es más que una cooperativa, es una propuesta de pensamiento y de economía para el bien vivir. Por eso hacemos ahorro y crédito con solidaridad, promovemos la vivienda, publicamos libros, participamos en acciones de ciudad, apoyamos las microfinanzas, nos comprometemos en proyectos de integración, impulsamos iniciativas con jóvenes, tenemos Agencia virtual, apoyamos expresiones culturales, tejemos procesos con los territorios.

Todo con la simple intención de propiciar nuevos juegos, placeres que enaltecen la existencia, formas de hacer la vida más digna y más humana. De eso se trata la abundancia justa.

A nuestros lectores y no lectores los invitamos entonces a ampliar su mundo haciendo este pequeño pero grato recorrido por algunos textos de nuestro nobel Gabriel García Márquez.

La soledad de América Latina

[Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982]
Gabriel García Márquez

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro

animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es ni mucho menos el testimonio más asombroso de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los Cronistas de Indias nos legaron otros incontables. Eldorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos. En busca de la fuente de la Eterna Juventud, el mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros y sólo llegaron cinco de los 600 que la emprendieron. Uno de los tantos misterios que nunca fueron descifrados, es el de las once mil mulas cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino. Más tarde, durante la colonia, se vendían en Cartagena de Indias unas gallinas criadas en tierras de aluvión, en cuyas mollejas se encontraban piedrecitas de oro. Este delirio

áureo de nuestros fundadores nos persiguió hasta hace poco tiempo. Apenas en el siglo pasado la misión alemana de estudiar la construcción de un ferrocarril interoceánico en el istmo de Panamá, concluyó que el proyecto era viable con la condición de que los rieles no se hicieran de hierro, que era un metal escaso en la región, sino que se hicieran de oro.

La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia. El general Antonio López de Santana, que fue tres veces dictador de México, hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles. El general García Moreno gobernó al Ecuador durante 16 años como un monarca absoluto, y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, el déspota teósofo de El Salvador que hizo exterminar en una matanza bárbara a 30 mil campesinos, había inventado un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, e hizo cubrir con papel rojo el alumbrado público para combatir una epidemia de escarlatina. El monumento al general Francisco Morazán, erigido en la plaza mayor de Tegucigalpa, es en realidad una estatua del mariscal Ney comprada en París en un depósito de esculturas usadas.

Hace once años, uno de los poetas insignes de nuestro tiempo, el chileno Pablo Neruda, iluminó este ámbito con su palabra. En las buenas conciencias de Europa, y a veces también en las malas, han irrumpido desde entonces con más ímpetus que nunca las noticias fantasmales de la América Latina, esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda. No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro de corazón generoso, y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo. En este lapso ha habido 5 guerras y 17 golpes de estado, y surgió un dictador luciferino que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de América Latina en nuestro tiempo. Mientras tanto 20 millones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir dos años, que son más de cuantos han nacido en Europa occidental desde 1970. Los desaparecidos por motivos de la represión son casi los 120 mil, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas encintas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el

paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto cerca de 200 mil mujeres y hombres en todo el continente, y más de 100 mil perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América Central, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en los Estados Unidos, la cifra proporcional sería de un millón 600 mil muertes violentas en cuatro años.

De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10 por ciento de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos y medio millones de habitantes que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada 20 minutos. El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América Latina, tendría una población más numerosa que Noruega.

Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de las Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con nosotros y

determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual este colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte. Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desafortunada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios. Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva

si tratara de vernos en su propio pasado. Si recordara que Londres necesitó 300 años para construir su primera muralla y otros 300 para tener un obispo, que Roma se debatió en las tinieblas de incertidumbre durante 20 siglos antes de que un rey etrusco la implantara en la historia, y que aún en el siglo xvi los pacíficos suizos de hoy, que nos deleitan con sus quesos mansos y sus relojes impávidos, ensangrentaron a Europa con soldados de fortuna. Aún en el apogeo del Renacimiento, 12 mil lansquenets a sueldo de los ejércitos imperiales saquearon y devastaron a Roma, y pasaron a cuchillo a ocho mil de sus habitantes.

No pretendo encarnar las ilusiones de Tonio Kröger, cuyos sueños de unión entre un norte casto y un sur apasionado exaltaba Thomas Mann hace 53 años en este lugar. Pero creo que los europeos de espíritu clarificador, los que luchan también aquí por una patria grande más humana y más justa, podrían ayudarnos mejor si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no nos haría sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo.

América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que

sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental.

No obstante, los progresos de la navegación que han reducido tantas distancias entre nuestras Américas y Europa, parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amargas sin cuento, y no una confabulación urdida a 3 mil leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad.

Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a

través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera: cada año hay 74 millones más de nacimientos que de defunciones, una cantidad de vivos nuevos como para aumentar siete veces cada año la población de Nueva York. La mayoría de ellos nacen en los países con menos recursos, y entre éstos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino la totalidad de los seres vivos que han pasado por este planeta de infortunios.

Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: “Me niego a admitir el fin del hombre”. No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora

utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.

Agradezco a la Academia de Letras de Suecia el que me haya distinguido con un premio que me coloca junto a muchos de quienes orientaron y enriquecieron mis años de lector y de cotidiano celebrante de ese delirio sin apelación que es el oficio de escribir. Sus nombres y sus obras se me presentan hoy como sombras tutelares, pero también como el compromiso, a menudo agobiante, que se adquiere con este honor. Un duro honor que en ellos me pareció de simple justicia, pero que en mí entiendo como una más de esas lecciones con las que suele sorprendernos el destino, y que hacen más evidente nuestra condición de juguetes de un azar indescifrado, cuya única y desoladora recompensa, suelen ser, la mayoría de las veces, la incompreensión y el olvido.

Es por ello apenas natural que me interrogara, allá en ese trasfondo secreto en donde solemos trasegar con las verdades más esenciales que conforman nuestra identidad, cuál ha sido el sustento constante de mi obra, qué pudo

haber llamado la atención de una manera tan comprometedora a este tribunal de árbitros tan severos. Confieso sin falsas modestias que no me ha sido fácil encontrar la razón, pero quiero creer que ha sido la misma que yo hubiera deseado. Quiero creer, amigos, que este es, una vez más, un homenaje que se rinde a la poesía. A la poesía por cuya virtud el inventario abrumador de las naves que numeró en su Iliada el viejo Homero está visitado por un viento que las empuja a navegar con su presteza intemporal y alucinada. La poesía que sostiene, en el delgado andamiaje de los tercetos del Dante, toda la fábrica densa y colosal de la Edad Media. La poesía que con tan milagrosa totalidad rescata a nuestra América en las Alturas de Machu Pichu de Pablo Neruda el grande, el más grande, y donde destilan su tristeza milenaria nuestros mejores sueños sin salida. La poesía, en fin, esa energía secreta de la vida cotidiana, que cuece los garbanzos en la cocina, y contagia el amor y repite las imágenes en los espejos.

En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación, y por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte. El premio que acabo de recibir lo entiendo, con

toda humildad, como la consoladora revelación de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que invito a todos ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre: la poesía. Muchas gracias.

¿Cuánto cuesta hacer un escritor?¹

La Misión de Sabios, conformada en el gobierno de César Gaviria Trujillo, entre otros por García Márquez, prepara un libro. Este texto presentado por el nobel a la Misión no es un proyecto de reforma educativa, pero sí una visión particular de lo que fue para él la enseñanza desde el hogar, pasando por la escuela, el liceo y la universidad.

Gabriel García Márquez

Mi recuerdo más antiguo es el de mí mismo llorando a gritos en una cuna enorme, para que alguien acudiera a quitarme los pañales embarrados de caca. Salvador Dalí aseguraba sin ruborizarse que tenía recuerdos intrauterinos. Este casi lo es. Yo debía tener un año de edad, estaba en un dormitorio de la vieja casa de los

1 García Márquez, Gabriel, ¿Cuánto cuesta hacer un escritor? El Espectador, 10 de diciembre de 1995, Santafé de Bogotá.

abuelos, en Aracataca, donde había nacido. Y apenas sí podía mantenerme de pie agarrado a los barrotes de la cuna. Sesenta y siete años después conservo el recuerdo nítido de que la ansiedad de quitarme los pañales no era por la molestia de la caca, sino por el miedo de que se me ensuciara el mameluco estampado de florecitas azules que me habían puesto esa mañana. Es decir: fue una experiencia estética, y por la forma como perdura en mi memoria creo que fue mi primera vivencia de escritor.

Quienes me conocieron por aquellos años dicen que era un niño ensimismado que sólo hablaba para contar algún disparate. Ahora sé por qué: lo que contaba era en gran parte episodios simples de la vida diaria, que yo hacía más atractivos con detalles fantásticos para que los adultos me hicieran caso. Mi mejor fuente de inspiración eran las conversaciones que los adultos sostenían delante de mí creyendo no las entendía. Y era todo lo contrario: las absorbía como una esponja, las desmontaba en piezas, las recomponía para que no se les reconociera el origen, y volvía a contárselas a los mismos adultos, que se quedaban perplejos por las coincidencias entre lo que yo contaba y lo que ellos habían dicho. No sabía qué hacer con mi conciencia, y trataba de disimularlo con parpadeos continuos y rápidos. Tanto, que algún racionalista de la familia decidió que me viera un médico. Este atribuyó mis parpadeos a una afección de

las amígdalas, y me recetó un jarabe de rábano yodado que alivió a los adultos.

Mi abuela materna, la mujer más crédula e impresionable que conocí nunca, llegó a la conclusión confortable de que el nieto era adivino. Eso la convirtió en mi víctima favorita, hasta el día en que sufrió un patatús grave porque soñé de veras que al abuelo le salió un pájaro vivo por la boca. El susto de que la abuela se muriera por culpa mía fue el primer elemento moderador de mi desenfreno precoz. Ahora sé que no eran infamias de niño, como podía pensarse, sino técnicas rudimentarias de narrador en ciernes para hacer la realidad más divertida y comprensible.

Siempre oí decir que el medio familiar es determinante, para bien o para mal, en el desarrollo de las aptitudes y las vocaciones. No puedo imaginarme otro más propicio que el mío. La realidad de aquella casa y el carácter de las numerosas mujeres que me criaron, lo fueron para mí sin ninguna duda. Los únicos hombres éramos mi abuelo y yo, y él andaba siempre tan metido en sus asuntos que no se ocupó de mí hasta descubrir que me hacía falta algo más de lo que me daban las mujeres. Fue él, que no había terminado la escuela primaria para enrolarse en las guerras civiles del siglo pasado, el que me inició en la triste realidad de los adultos con relatos de batallas sangrientas y explicaciones escolares del vuelo de

los pájaros y los truenos del atardecer, y me alentó en mi afición por el dibujo. Creo que también fue él quien se dio cuenta de mi vocación febril. Yo dibujaba al principio en las paredes, hasta que él me dio papel y lápices de colores, y me acostumbró a que dibujara en el suelo de su platería, mientras él fabricaba sus célebres pescaditos de oro. Alguna vez le oí decir que el nieto iba a ser pintor, y no me llamó la atención, porque yo creía que los pintores eran los que pintaban las puertas.

Como a los cuatro años dibujé al mago Richardine, que le cortaba la cabeza a una mujer y se la volvía a pegar, como lo habíamos visto la noche anterior en el teatro. Era una secuencia que empezaba con los preparativos, seguía con la decapitación a serrucho y la exhibición triunfal de la cabeza ensangrentada, y por último la mujer que agradecía los aplausos con la cabeza otra vez en su puesto. Las tiras cómicas estaban ya inventadas, pero yo las conocí más tarde. Venían con el periódico de los domingos, y mi abuelo me las leía y explicaba. Entonces empecé a dibujar tiras cómicas. Sin diálogos, porque aún no sabía escribir. Una tarde en que mi abuelo se las mostró a alguien, dijo algo más avanzado que la vez anterior: “Él cuenta cuentos desde que estaba muy chiquito”. Tal vez había observado el rumbo narrativo que habían tomado mis dibujos desde que conocí las tiras cómicas. Por esa época lo tenía tan agobiado con mis preguntas sobre las palabras,

que se vio obligado a ayudarse con el diccionario. Fue mi primer contacto con el que había de ser el libro fundamental de mi vida.

Cómo el peor estudiante puede ser el primero de la clase

A los niños se les cuenta un primer cuento que en realidad les llama la atención, y cuesta mucho trabajo para que quieran escuchar otro. Quieren que siempre les repitan el mismo. Creo que este no es el caso de los niños narradores, y no fue el mío. La voracidad con la que oía los cuentos me dejaba siempre esperando uno mejor al día siguiente, sobre todo los que tenían que ver con los misterios de la Historia Sagrada. Me llegaban por todos lados. Todo lo que sucedía en la calle tenía una resonancia enorme en la casa, las mujeres de la cocina se lo contaban a los forasteros que llegaban en el tren —y que a su vez traían otras cosas que contar— y todo junto se incorporaba al torrente de la tradición oral. Algunos hechos se conocían primero por los acordeoneros que los cantaban en las ferias, y que los viajeros recontaban y enriquecían. El primer cuento formal que conocí fue *Genoveva de Bravante*. Se lo escuché a una gran señora venezolana que nos contaba a los niños las obras maestras de la literatura universal reducidas por ella a cuentos infantiles: *La Odisea*, *Orlando Furioso*, *El Quijote*, *El Conde de Montecristo*, y muchos episodios de la *Biblia*.

Tuve que en Aracataca había abierto por esos años la escuela montessoriana, cuyas maestras estimulaban los cinco sentidos mediante ejercicios prácticos. Era como jugar a estar vivos. Aprendí a apreciar el olfato, cuyo poder de evocaciones nostálgicas es arrasador. El paladar, que afiné hasta el punto de que en mis libros he descrito bebidas que saben a ventana, panes que saben a baúl, infusiones que saben a misa. En teoría es difícil entenderlo, pero quienes lo hayan experimentado lo comprenden de inmediato. No creo que haya método mejor que el montessoriano para sensibilizar a los niños en las bellezas del mundo, y para despertarles la curiosidad por los secretos de la vida. Se le ha reprochado que fomenta el sentido de independencia y el individualismo de los niños, y tal vez en mi caso fue así, pero no lo lamento. Aunque parezca raro, lo único que no me hizo feliz en aquella escuela inolvidable fue aprender a leer y escribir.

Fue duro, como lo sería después sumar y restar, y sobre todo dividir, o como nunca aprendí a manejar las ideas abstractas. Cuando por fin logré leer, devoré a pedazos un libro descosido que encontré en un arcón polvoriento. Sólo muchos años después supe que eran *Las mil y una noches*. Fue un esfuerzo arduo, pero deslumbrante, como una alucinación continuada. Sin embargo, el cuento que más me gustó fue el más simple: un pescador que prometió a una vecina regalarle

el primer pescado que sacara si le prestaba un plomo para su atarraya, y cuando la mujer abrió el pescado, tenía dentro un diamante del tamaño de una almendra.

También leí por esos años a los tenebrosos cuentistas infantiles de Escandinavia, al cruel Edmundo D'Amicis, al jubiloso Emilio Salgari, al muy sabio Alejandro Dumas. Creo que entonces ya estaba hecho. No pensaba en nada más que en contar cuentos, tenía una aptitud y una vocación definida, y no había tropezado con ningún obstáculo. Ninguno: ni en la casa, ni en la escuela, ni en la vida, a pesar de que los encontraba atravesados a cada paso. Creo sin duda alguna que en ese momento era ya un escritor de ocho o diez años al que sólo le faltaba aprender a escribir.

El bachillerato lo hice con resignación y astucia en el Liceo Nacional de Zipaquirá, gracias a una beca que me gané por concurso. Era un antiguo convento del siglo xvii, helado y sombrío, donde había más muertos y aparecidos que en la casa de Aracataca, y en una ciudad soñolienta donde no había más remedio que estudiar. Para entonces había adquirido el vicio de leer todo lo que me cayera en las manos, y en eso ocupaba todo el tiempo libre y casi todo el de las clases. A los trece años podía recitar de memoria muchos poemas del repertorio popular que entonces eran de uso corriente en Colombia, y los más hermosos del

Siglo de Oro y el romanticismo español. Los leía y requeleteaba sin guía y sin orden, según me iban cayendo en las manos, y casi siempre a escondidas durante las clases.

Al principio no me interesaba la beca para estudiar sino para mantener mi total independencia de cualquier otro compromiso, en excelentes relaciones con la familia, pero lejos de su rigor, de su entusiasmo demográfico, de su situación azarosa, y leyendo sin tomar aliento hasta donde me alcanzara la vida. Pronto me di cuenta de que si lograba inventarme un sistema propio para sortear los numerosos obstáculos que me salían al paso, podía terminar haciendo lo que quería, con todo pagado, y sin sacrificar los estudios. Descubrí que si ponía atención en las clases podía leer en mis horas libres cuanto me diera la gana, y no tenía que trasnocharme para los exámenes trimestrales ni para el terrible final. No sólo me salió bien sino que fui el primero de la promoción, a pesar de que mis compañeros de clase, y yo mismo, sabíamos que no era el mejor.

La suerte de ganarse la vida con la punta de los dedos

Así fue como pude leer todo lo que me interesaba de la indescriptible biblioteca del liceo, hecha con los desperdicios de otras, con colecciones oficiales, con libros insospechables que caían por ahí sin

saber de dónde, como saldos de naufragios. Entre ellos el segundo tomo de las obras completas de Freud, que había llegado suelto a la biblioteca, y de cuyos análisis escabrosos no entendía nada, pero cuyos casos clínicos me llevaban en vilo hasta el final como las maravillas de Julio Verne.

Creo también que el vicio casi secreto de la música ha sido tan importante como los libros en mi formación de escritor. He estado siempre muy atento a la música popular, empezando por la del Caribe, y a las obras de los grandes maestros hasta Béla Bartok. Con un criterio inventado: todo lo que suena es música, el problema es saber distinguir. Y con un método inventado para conocer la música culta no por orden alfabético de autores sino por los instrumentos: el chelo, que es mi favorito, desde Vivaldi hasta Brahms; el violín desde Corelli hasta Schönberg; el clave y el piano desde Bach hasta Bartok, y así hasta todos. Aunque voy a muy pocos conciertos, porque siento que se establece con demasiados desconocidos una especie de intimidad impúdica que no está incluida en el programa.

Cuando terminé el liceo tenía escritos algunos cuentos que sólo leía a las novias dominicales para medir sus reacciones. Pero no se los mostré a nadie, porque era consciente de mis horrores de ortografía. Por fortuna, mi madre me los resolvió con un método original a control remoto: me

devolvía corregidas las cartas que le mandaba. Un año después, cuando empezaba Derecho en la Universidad Nacional, se publicó mi primer cuento.

En realidad me matriculé en Derecho por complacer a mis padres sin tener que renunciar a mi juguete favorito. En las sórdidas pensiones de la Bogotá de los cuarenta, huyendo del Código Civil y de la Economía Política, navegaba un poco a la deriva por los clásicos griegos y latinos, traducidos, y por toda clase de libros ocasionales que me prestaban mis amigos mayores. Me sumergí hasta el fondo en los novelistas rusos e ingleses del siglo XIX, que me siguen pareciendo los más grandes de todos los tiempos, y un poco en Balzac, Flaubert y Stendhal, pero con menos asombro. Eran lecturas de suerte y azar. Salvo las de poesía, buena o mala, que seguía devorando sin misericordia. Sin embargo, el único hallazgo que me infundió el valor para tirar el Derecho en el cajón de la basura, fue el de los novelistas norteamericanos de la generación perdida. Los agoté durante varios años en un cuartito de cartón de un hotel de lance de Barranquilla, donde la noche no terminaba nunca, y me cambiaron la vida. Ya para entonces había logrado una identificación absoluta con la cultura popular del Caribe, la única que reconozco como esencial e insustituible en mi formación de ser humano y escritor.

Desde entonces empecé a leer como un auténtico novelista artesanal, no sólo por placer sino por la curiosidad inclemente de descubrir cómo estaban escritos los libros de los otros. Los leía primero por el derecho, luego por el revés y los sometía a una especie de destripamiento quirúrgico, pieza por pieza, hasta desentrañar los más recónditos intrincados misterios de su artesanía. Mi biblioteca, por lo mismo, no ha sido nunca mucho más que un instrumento de trabajo, donde puedo consultar de prisa un capítulo de Dostoiewsky, o precisar de pronto un dato sobre la epilepsia de Julio César o sobre el mecanismo de un carburador de automóvil. Tengo inclusive, un manual para cometer asesinatos perfectos, por si acaso lo necesite alguno de mis personajes.

El resto lo hicieron mis amigos que me orientaban en mis lecturas y me prestaban los libros que debía leer en el momento justo, y los que han hecho las lecturas despiadadas de mis originales antes de publicarse.

Lo único que le debo al estado —y se lo agradezco en lo que vale— son los catorce pesos mensuales de la beca del Liceo Nacional. En todo caso nunca me he ganado un centavo que no sea con la máquina de escribir. Es decir: con los dos índices, que son los únicos dedos con que escribo. Mis primeros derechos de autor propiamente dichos me los pagaron por *Cien Años de Soledad*,

a los cuarenta y tantos años, y después de haber publicado cuatro libros sin ningún beneficio. Antes hice periodismo, radioteatro, publicidad, guiones de cine y televisión, que son afluentes dignos de mi juguete favorito. Sin embargo, hasta cuando empecé a vivir de mis libros, mi vida no fue más que una serie infinita de mentiras, trampas, gambetas, para burlar los incontables señuelos que trataban de convertirme en algo que no fuera escritor. Pero siempre con la disposición encarnizada, febril e irresponsable de llegar a ser el mejor del mundo. El que no lo haya conseguido no quiere decir nada. Lo importante es que no ha habido un solo acto de mi vida, pública o privada —ni uno solo— que no haya estado entorpecido por esa única determinación.

La patria amada aunque distante¹

Mensaje del escritor
Gabriel García Márquez
con motivo de los 200 años
de la Universidad de Antioquia

“Todas las borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, ya que no es posible que el mal y el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca”.

Esta bella sentencia de don Miguel de Cervantes Saavedra no se refiere a la Colombia de hoy sino a su propio tiempo, por supuesto. Pero nunca hubiéramos soñado que nos viniera como anillo

1 Este texto fue difundido el domingo 18 de mayo de 2003, a las 6:00 de la tarde, en el Teatro Camilo Torres, durante la inauguración del Simposio Internacional: Hacia un nuevo contrato social en ciencia y tecnología para un desarrollo equitativo, organizado por la Universidad de Antioquia con motivo de sus 200 años.

al dedo para intentar estos lamentos. Pues una síntesis espectral de lo que es la Colombia de hoy, no permite creer que don Miguel hubiera dicho lo que dijo, y con tanta belleza, si fuera un compatriota de nuestros días. Dos ejemplos hubieran bastado para desbaratar sus ilusiones. El año pasado, cerca de cuatrocientos mil colombianos tuvieron que huir de sus casas y parcelas por culpa de la violencia, como ya lo habían hecho casi tres millones por la misma razón desde hace medio siglo. Estos desplazados fueron el embrión de otro país al gairete —casi tan populoso como Bogotá y quizá más grande que Medellín—, que deambula sin rumbo dentro de su propio ámbito en busca de un lugar dónde sobrevivir, sin más riqueza material que la ropa que llevan puesta.

La paradoja es que esos fugitivos de sí mismos siguen siendo víctimas de una violencia sustentada por dos de los negocios más rentables de este mundo sin corazón: el narcotráfico y la venta ilegal de armas. Son síntomas primarios del mar de fondo que asfixia a Colombia. Dos países en uno, no sólo diferentes sino contrarios, en un mercado negro colosal que sustenta el comercio de las drogas para soñar en los Estados Unidos y Europa, y a fin de cuentas en el mundo entero, pues no es posible imaginar el fin de la violencia en Colombia sin la eliminación del narcotráfico, y no es imaginable el fin del narcotráfico sin la legalización de la droga, más próspera cada instante cuanto más prohibida.

Cuatro décadas, con toda clase de turbaciones del orden público, han absorbido a más de una generación de marginados sin un modo de vivir distinto de la subversión o la delincuencia común. El escritor Moreno Durán lo dijo de un modo más certero: “Sin la muerte, Colombia no daría señales de vida”. Nacemos sospechosos y morimos culpables. Las conversaciones de paz, con excepciones mínimas pero memorables, han terminado desde hace años en conversaciones de sangre. Para cualquier asunto internacional, desde un inocente viaje de turismo hasta el acto simple de comprar o vender, los colombianos tenemos que empezar por demostrar nuestra inocencia. De todos modos, el ambiente político y social no fue nunca el mejor para la patria de paz con que soñaron nuestros abuelos. Sucumbió temprano en un régimen de desigualdades, en una educación confesional, un feudalismo rupestre y un centralismo arraigado en una capital entre nubes, remota y ensimismada, con dos partidos eternos, a la vez enemigos y cómplices, y elecciones sangrientas y manipuladas, y toda una zaga de gobiernos sin pueblo. Tanta ambición sólo podía sustentarse con veintinueve guerras civiles y tres golpes de cuartel entre los dos partidos, en un caldo social que parecía previsto por el diablo para las desgracias de hoy, en una patria oprimida que en medio de tantos infortunios ha aprendido a ser feliz sin la felicidad y aún en contra de ella.

Hoy hemos llegado a un punto en que apenas nos permite sobrevivir, pero todavía quedan almas pueriles que miran hacia los Estados Unidos como un norte de salvación, con la certidumbre de que en nuestro país se han agotado hasta los suspiros para morir en paz. Sin embargo, lo que encuentran allá es un imperio ciego que ya no considera a Colombia como un buen vecino, ni siquiera como un cómplice barato y confiable, sino como un espacio más para su voracidad imperial.

Dos dones naturales nos han ayudado a sortear los vacíos de nuestra condición cultural, a buscar a tientas una identidad y a encontrar la verdad en las brumas de la incertidumbre. Uno es el don de la creatividad. El otro es una arrasadora determinación de ascenso personal. Ambas virtudes alimentaron desde nuestros orígenes la astucia providencial de los nativos contra los españoles desde el día mismo del desembarco. A los conquistadores alucinados por las novelas de caballería los engatusaron con ilusiones de ciudades fantásticas construidas en oro puro, o la leyenda de un rey revestido de oro en lagunas de esmeraldas. Obras maestras de una imaginación creadora magnificada con recursos mágicos para sobrevivir al invasor.

Unos cinco millones de colombianos que hoy viven en el exterior, huyendo de las desgracias nativas sin más armas o escudos que su temeridad o su ingenio, han demostrado que aquellas malicias

prehistóricas siguen vivas dentro de nosotros por las buenas o las malas razones para sobrevivir. La virtud que nos salva es que no nos dejamos morir de hambre por obra y gracia de la imaginación, porque hemos sabido ser faquires en la India, maestros de inglés en Nueva York y camelleros en el Sahara.

Como he tratado de demostrar en algunos de mis libros —sino en todos—, confío más en estos disparates de la realidad que en los sueños teóricos que la mayoría de las veces sólo sirven para amordazar la mala conciencia. Por eso creo que todavía nos queda un país de fondo por descubrir en medio del desastre, una Colombia secreta que ya no cabe en los moldes que nos habíamos forjado con nuestros desatinos históricos. No es pues sorprendente que empezáramos a vislumbrar una apoteosis de la creatividad artística de los colombianos, y a darnos cuenta de la buena salud del país con una conciencia definitiva de quiénes somos y para qué servimos.

Creo que Colombia está aprendiendo a sobrevivir con una fe indestructible, cuyo mérito mayor es el de ser más fructífera cuanto más adversa. Se descentralizó a la fuerza por la violencia histórica pero aún puede reintegrarse a su propia grandeza por obra y gracia de sus desgracias. Vivir a fondo ese milagro nos permitirá saber a ciencia cierta y para siempre en qué país hemos nacido y seguir sin morir entre dos realidades contrapuestas.

Por eso no me sorprende que en estos tiempos de desastres históricos, prospere más la buena salud del país con una conciencia nueva. Se revalúa la sabiduría popular y no la esperamos sentados en la puerta de la casa, sino por la calle al medio, tal vez sin que el mismo país se dé cuenta de que vamos a sobreponernos a todo y a encontrar su salvación donde no estaba.

Ninguna ocasión me pareció tan propicia como esta para salir de la eterna y nostálgica clandestinidad de mi estudio e hilvanar estas divagaciones, a propósito de los doscientos años de la Universidad de Antioquia que ahora celebramos como una fecha histórica de todos. Una ocasión propicia para empezar otra vez por el principio y amar como nunca el país que merecemos para que nos merezca. Pues aunque sólo fuera por eso me atrevería a creer que la ilusión de don Miguel de Cervantes está ahora en su estación propicia para vislumbrar los albores del tiempo serenado, que el mal que nos agobia ha de durar mucho menos que el bien, y que sólo de nuestra creatividad inagotable depende distinguir ahora cuáles de los tantos y turbios caminos son los ciertos para vivirlos en la paz de los vivos y gozarlos con el derecho propio y por siempre jamás. Así sea.

México, mayo de 2003

El cataclismo de Damocles¹

Un minuto después de la última explosión, más de la mitad de los seres humanos habrá muerto, el polvo y el humo de los continentes en llamas derroterán a la luz solar, y las tinieblas absolutas volverán a reinar en el mundo. Un invierno de lluvias anaranjadas y huracanes helados invertirá el tiempo de los océanos y volteará el curso de los ríos, cuyos peces habrán muerto de sed en las aguas ardientes, y cuyos pájaros no encontrarán el cielo. Las nieves perpetuas cubrirán el desierto del Sáhara, la vasta Amazonia desaparecerá de la faz del planeta destruida por el granizo, y la era del rock y de los corazones transplantados estaría de regreso a su infancia glacial. Los pocos

1 Tomado de García Márquez, Gabriel, *El cataclismo de Damocles / The doom of Damocles*, Editorial Universidad para la Paz, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1986.

seres humanos que sobrevivan el primer espanto, y los que hubieran tenido el privilegio de un refugio a las tres de la tarde del lunes aciago de la catástrofe magna, sólo habrán salvado la vida para morir después por el horror de sus recuerdos. La Creación habrá terminado. En el caos final de la humedad y las noches eternas, el único vestigio de lo que fue la vida serán las cucarachas.

Señores presidentes, señores primeros ministros, amigas, amigos:

Esto no es un mal plagio del delirio de Juan en su destierro de Patmos, sino la visión anticipada de un desastre cósmico que puede suceder en este mismo instante: la explosión —dirigida o accidental— de sólo una parte mínima del arsenal nuclear que duerme con un ojo y vela con el otro en las santabárbaras de las grandes potencias.

Así es: hoy, seis de agosto de 1986, existen en el mundo más de cincuenta mil ojivas nucleares emplazadas, en términos caseros, esto quiere decir que cada ser humano, sin excluir a los niños, está sentado en un barril con unas cuatro toneladas de dinamita, cuya explosión total puede eliminar doce veces todo rastro de vida en la Tierra. La potencia de aniquilación de esta amenaza colosal, que pende de nuestras cabezas como un cataclismo de Damocles, plantea la posibilidad teórica de inutilizar cuatro planetas más que los que giran

alrededor del sol, y de influir en el equilibrio del Sistema Solar. Ninguna ciencia, ningún arte, ninguna industria se ha doblado a sí misma tantas veces como la industria nuclear desde su origen, hace cuarenta y un años, ni ninguna otra creación del ingenio humano ha tenido nunca tanto poder de determinación sobre el destino del mundo.

El único consuelo de estas simplificaciones terroríficas —si de algo nos sirven— es comprobar que la preservación de la vida humana en la Tierra sigue siendo todavía más barata que la peste nuclear. Pues, con el solo hecho de existir, el tremendo apocalipsis cautivo en los silos de muerte de los países más ricos está malbaratando las posibilidades de una vida mejor para todos.

En la asistencia infantil, por ejemplo, esto es una verdad de aritmética primaria. La Unicef calculó en 1981 un programa para resolver los problemas esenciales de los quinientos millones de niños más pobres del mundo, incluidas sus madres. Comprendía la asistencia sanitaria de base, la educación elemental, la mejora de las condiciones higiénicas, del abastecimiento de agua potable y de alimentación. Todo esto parecía un sueño imposible de cien mil millones de dólares. Sin embargo, ése es apenas el costo de cien bombarderos estratégicos B-1B, y de menos de siete mil cohetes Crucero, en cuya producción

ha de invertir el gobierno de los Estados Unidos veintiún mil doscientos millones de dólares.

En la salud, por ejemplo: con el costo de diez portaviones nucleares Nimitz, de los quince que van a fabricar los Estados Unidos antes del año 2000, podría realizarse un programa preventivo que protegiera en esos mismos 14 años a más de mil millones de personas contra el paludismo, y evitara la muerte —sólo en África— de más de catorce millones de niños.

En la alimentación, por ejemplo: el año pasado había en el mundo, según cálculos de la FAO, unos quinientos setenta y cinco millones de personas con hambre. Su promedio calórico indispensable habría costado menos de ciento cuarenta y nueve cohetes MX, de los doscientos veintitrés que serán emplazados en Europa Occidental. Con veintisiete de ellos podrían comprarse los equipos agrícolas necesarios para que los países pobres adquirieran la suficiencia alimentaria en los próximos cuatro años. Ese programa, además, no alcanzaría a costar ni la novena parte del presupuesto militar soviético de 1982.

En la educación, por ejemplo: con sólo dos submarinos atómicos Tridente, de los veinticinco que planea fabricar el gobierno actual de los Estados Unidos, o con una cantidad similar de los submarinos Typhoon que está construyendo la Unión Soviética, podría intentarse por fin

la fantasía de la alfabetización mundial. Por otra parte, la construcción de las escuelas y la calificación de los maestros que harán falta al Tercer Mundo para atender las demandas adicionales de la educación en los diez años por venir, podrían pagarse con el costo de doscientos cuarenta y cinco cohetes Tridente II, y aún quedarían sobrando cuatrocientos diecinueve cohetes para el mismo incremento de la educación en los quince años siguientes.

Puede decirse, por último, que la cancelación de la deuda externa de todo el Tercer Mundo y su recuperación económica durante diez años, costaría poco más de la sexta parte de los gastos militares del mundo en ese mismo tiempo. Con todo, frente a este despilfarro económico descomunal, es todavía más inquietante y doloroso el despilfarro humano: la industria de la guerra mantiene en cautiverio al más grande continente de sabios jamás reunido para empresa alguna en la historia de la humanidad. Gente nuestra, cuyo sitio neutral no es allá sino aquí en esta mesa, y cuya liberación es indispensable para que nos ayuden a crear, en el ámbito de la educación y la justicia, lo único que puede salvarnos de la barbarie: una cultura de paz.

A pesar de estas certidumbres dramáticas, la carrera de las armas no se concede un instante de tregua. Ahora, mientras almorzamos, se construyó una nueva ojiva nuclear. Mañana, cuando despertemos,

habrá nueve más en los guadarneses de muerte del hemisferio de los ricos. Con lo que costaría una sola alcanzaría —aunque sólo fuera por un domingo de otoño— para perfumar de sándalo las cataratas de Niágara.

Una gran novelista de nuestro tiempo se preguntó alguna vez si la Tierra no será el infierno de otros planetas. Tal vez sea mucho menos: una aldea sin memoria, dejada de la mano de los dioses en el último suburbio de la gran patria universal. Pero la sospecha creciente de que es el único sitio del Sistema Solar donde se ha dado la prodigiosa aventura de la vida, nos arrastra sin piedad a una conclusión descorazonadora: la carrera de las armas va en sentido contrario a la inteligencia.

Y no sólo de la inteligencia humana, sino de la inteligencia misma de la naturaleza, cuya finalidad escapa inclusive a la claridad de la poesía. Desde la aparición de la vida visible en la Tierra debieron transcurrir trescientos ochenta millones de años para que una mariposa aprendiera a volar, otros ciento ochenta millones de años para fabricar una rosa sin otro compromiso que el de ser hermosa, y cuatro eras geológicas para que los seres humanos, a diferencia del bisabuelo pitecantropo, fueran capaces de cantar mejor que los pájaros y de morirse de amor. No es nada honroso para el talento humano, en cambio, haber concebido

el modo en que un proceso multimilenario tan dispendioso y colosal, pueda regresar a la nada de donde vino por el arte simple de oprimir un botón.

Para tratar de impedir que eso ocurra estamos aquí, sumando nuestras voces a las innumerables que claman por un mundo sin armas y una paz con justicia. Pero aun si ocurre —y más aún si ocurre— no será del todo inútil que estemos aquí. Dentro de millones de millones de milenios después de la explosión, una salamandra triunfal que habrá vuelto a recorrer la escala completa de las especies, será quizás coronada como la mujer más hermosa de la nueva creación. De nosotros depende, hombres y mujeres de ciencia, hombres y mujeres de inteligencia y la paz, de todos nosotros depende que los invitados a esa coronación quimérica no vayan a su fiesta con nuestros mismos temores de hoy. Con toda modestia, pero también con toda la determinación del espíritu, propongo que hagamos ahora y aquí el compromiso de concebir y fabricar un arca de la memoria, capaz de sobrevivir al diluvio atómico. Una botella de naufragos siderales arrojada a los océanos del tiempo, para que la nueva humanidad de entonces sepa por nosotros lo que no han de contarle las cucarachas: que aquí existió la vida, que en ella prevaleció el sufrimiento y predominó la injusticia, pero que también conocimos el

amor y hasta fuimos capaces de imaginarnos la felicidad. Y que sepa y haga saber para todos los tiempos quiénes fueron los culpables de nuestro desastre, y cuán sordos se hicieron a nuestros clamores de paz para que ésta fuera la mejor de las vidas posibles, y con qué inventos tan bárbaros y por qué intereses tan mezquinos la borraron del Universo.

Conversación en La Habana
por Ignacio Ramonet¹

**García Márquez,
el último encuentro²**

Ya enfermo, pero siempre lúcido y jovial, García Márquez recibió en su casa de campo de La Habana a Ramonet, donde conversaron largamente, lejos de la amenaza de la muerte.

Me habían dicho que estaba en La Habana pero que, como estaba enfermo, no quería ver a nadie. Yo sabía dónde solía alojarse: en una magnífica casa de campo, lejos del centro. Llamé por teléfono y Mercedes, su esposa, disipó mis escrúpulos. Con calidez me dijo: “Para nada, es para alejar a los pesados. Ven, ‘Gabo’ se alegrará de verte”.

1 Director de *Le Monde diplomatique*, edición española.

2 Traducción de Gabriela Villalba.

A la mañana siguiente, bajo un calor húmedo, remonté una alameda de palmeras y me presenté ante la puerta de su quinta tropical. No ignoraba que sufría de un cáncer linfático y que se sometía a una agotadora quimioterapia. Decían que su estado era delicado. Incluso le atribuían una desgarradora carta de adiós a sus amigos y a la vida... Temía encontrarme con un moribundo. Mercedes vino a abrirme y, para mi sorpresa, me dijo con una sonrisa: “Entra. Gabo ya viene... Está terminando su partido de tenis”.

Poco después, bajo la tibia luz del salón, sentado en un sofá blanco, lo vi acercarse, en plena forma —efectivamente—, con el pelo rizado todavía mojado de la ducha y el bigote desgreñado. Vestía una *guayabera* amarilla, un pantalón blanco muy ancho y zapatos de lona. Un verdadero personaje de Visconti. Mientras bebía un café helado, me explicó que se sentía “como un ave silvestre que se escapó de la jaula. En todo caso, mucho más joven de lo que aparento”. Y agregó, “con la edad, compruebo que el cuerpo no está hecho para durar tantos años como nos gustaría vivir”. Acto seguido, me propuso “hacer como los ingleses, que nunca hablan de problemas de salud. Es de mala educación”.

La brisa levantaba muy alto las cortinas de las inmensas ventanas y el espacio empezó a parecerse a un barco flotante. Le comento cuánto me gustó

el primer tomo de su autobiografía, *Vivir para contarla*³: “Es tu mejor novela”. Sonríe y se ajusta los anteojos de armazón gruesa. “Sin un poco de imaginación es imposible reconstruir la increíble historia de amor de mis padres. O mis recuerdos de bebé... No olvides que sólo la imaginación es clarividente. A veces es más verdadera que la verdad. Basta con pensar en Kafka o Faulkner, o simplemente en Cervantes”, afirma. Cual trasfondo sonoro, las notas de la *Sinfonía del Nuevo Mundo*, de Antonin Dvořák, inundaban la sala con una atmósfera a la vez alegre y dramática.

Pasión por el periodismo

Había conocido a Gabo unos cuarenta años atrás, hacia 1979, en París. Él había sido invitado por la Unesco y, junto con Hubert Beuve-Méry, el fundador de *Le Monde diplomatique*, formaba parte de una comisión presidida por el premio Nobel Sean McBride, que estaba encargada de elaborar un informe sobre el desequilibrio Norte-Sur en materia de comunicación de masas. En aquella época, había dejado de escribir novelas, por una prohibición autoimpuesta que duraría mientras Augusto Pinochet estuviera en el poder en Chile. Todavía no había recibido el Premio Nobel de Literatura, pero ya era una gran celebridad.

3 García Márquez, Gabriel, *Vivir para contarla*, Barcelona, Mondadori, 2003.

El éxito de *Cien años de soledad* (1967) lo había convertido en el escritor de lengua española más universal desde Cervantes. Recuerdo haber quedado sorprendido por su baja estatura e impresionado por su gravedad y seriedad. Vivía como un anacoreta y sólo abandonaba su habitación, transformada en celda de trabajo, para dirigirse a la Unesco.

En cuanto al periodismo, su otra gran pasión, acababa de publicar una crónica donde describía el asalto de un comando sandinista al Palacio Nacional de Managua, en Nicaragua, que había precipitado la caída del dictador Anastasio Somoza⁴. Allí aportaba detalles prodigiosos, dando la impresión de haber participado él mismo del hecho. Yo quería saber cómo lo había logrado. Me cuenta: “Estaba en Bogotá en el momento del asalto. Llamé al general Omar Torrijos, el presidente de Panamá. El comando acababa de encontrar refugio en su país y todavía no había hablado con los medios. Le pedí que avisara a los muchachos que desconfiaran de la prensa, porque podían deformar sus palabras. Me respondió: ‘Tienes que venir. Sólo hablarán contigo’. Fui y junto con los jefes del comando, Edén Pastora, Dora María y Hugo Torres, nos encerramos en un cuartel. Reconstruimos el acontecimiento

4 García Márquez, Gabriel, “Asalto al Palacio”, Bogotá, *Alternativa*, 1978.

minuto a minuto, desde su preparación hasta el desenlace. Pasamos la noche allí. Agotados, Pastora y Torres se quedaron dormidos. Yo seguí con Dora María hasta el amanecer. Volví al hotel para escribir el reportaje. Luego, regresé para leérselo. Corrigieron algunos términos técnicos, el nombre de las armas, la estructura de los grupos, etc. El reportaje se publicó menos de una semana después del asalto. Hizo que la causa sandinista se conociera en el mundo entero”.

Volví a ver a Gabo muchas veces, en París, La Habana o México. Teníamos un desacuerdo permanente acerca de Hugo Chávez. No creía en él. Para mí, en cambio, el comandante venezolano era el hombre que iba a hacer que América Latina entrara en un nuevo ciclo histórico. Aparte de eso, nuestras conversaciones siempre eran muy (¿demasiado?) serias: el destino del mundo, el futuro de América Latina, Cuba...

Sin embargo, recuerdo que una vez me reí hasta las lágrimas. Yo volvía de Cartagena de Indias, suntuosa ciudad colonial colombiana; había divisado su casona tras los muros y había hablado con él al respecto. Me preguntó: “¿Sabes cómo hice para tener esa casa?”. Ni idea. “Siempre quise vivir en Cartagena —me contó—. Y cuando tuve el dinero, busqué una casa aquí. Seguía siendo demasiado caro. Un amigo abogado me explicó: ‘Creen que eres millonario y te aumentan el precio.

Déjame buscar por ti'. Unas semanas después, encuentra la casa, que en ese entonces era una vieja imprenta casi en ruinas. Habla con el propietario, un ciego, y entre ambos acuerdan un precio. Pero el anciano pone una exigencia: quiere conocer al comprador. Viene mi amigo y me dice: 'Tenemos que ir a verlo, pero no debes hablar. Si no, en cuanto reconozca tu voz, va a triplicar el precio... Él es ciego, tú serás mudo'. Llega el día del encuentro. El ciego empieza a hacerme preguntas. Le respondo con una pronunciación imprecisa... Pero, en un momento, cometo la imprudencia de responder con un sonoro: 'Sí'. '¡Ah! —exclama—, conozco esa voz. ¡Usted es Gabriel García Márquez!'. Me había desenmascarado... Enseguida agrega: 'Vamos a tener que revisar el precio. Ahora, la cosa es diferente'. Mi amigo intenta negociar. Pero el ciego repite: 'No. No puede ser el mismo precio. De ninguna manera'. 'Bueno, ¿cuánto, entonces?' —le preguntamos, resignados—. El anciano reflexiona un instante y dice: 'La mitad'. No entendíamos nada... Entonces, nos explica: 'Ustedes saben que tengo una imprenta. ¿De qué creen que viví hasta ahora? ¡Imprimiendo ediciones piratas de las novelas de García Márquez!'".

Aquel ataque de risa todavía resonaba en mi memoria cuando, en la casa de La Habana, seguía mi conversación con un Gabo envejecido, pero aún intelectualmente despierto como siempre. Me hablaba de mi libro de entrevistas con Fidel

Castro⁵. “Estoy muy celoso —me decía, riendo—, tuviste la suerte de pasar más de cien horas con él.” “Soy yo el que está impaciente por leer la segunda parte de tus memorias —le respondí—. Por fin podrás hablar de tus encuentros con Fidel, a quien conoces desde hace mucho más tiempo. Tú y él son como dos gigantes del mundo hispano. Si se compara con Francia, sería algo así como que Victor Hugo hubiera conocido a Napoleón...”. Lanzó una carcajada, al tiempo que alisaba sus espesas cejas. “Tienes demasiada imaginación... Pero te voy a decepcionar: no habrá segunda parte... Sé que mucha gente, amigos y adversarios, de alguna manera esperan mi ‘veredicto histórico’ sobre Fidel. Es absurdo. Ya escribí lo que tenía que escribir sobre él⁶. Fidel es mi amigo y siempre lo será. Hasta la tumba”.

El cielo se había oscurecido y la sala, en pleno mediodía, estaba ahora sumida en la penumbra. La conversación se había vuelto más lenta, más apagada. Gabo meditaba con la mirada perdida y yo me preguntaba: “¿Es posible que no deje ningún testimonio escrito de tantas confidencias compartidas en amistosa complicidad con Fidel?”

5 Ramonet, Ignacio *Fidel Castro. Biografía a dos voces*, Madrid, Debate, 2006.

6 García Márquez, Gabriel, “El Fidel que creo conocer”, prefacio al libro de Gianni Minà, *Habla Fidel*, México, Edivisión, 1988, y “El Fidel que yo conozco”, *Cubadebate*, La Habana, 13 de agosto de 2009.

¿Lo habrá dejado para una publicación póstuma cuando ya ninguno de los dos esté en este mundo?”.

Afuera, una lluvia torrencial se precipitaba desde el cielo con la fuerza de las borrascas tropicales. La música se había apagado. Un fuerte perfume a orquídeas invadía el salón. Miré para Gabo. Tenía el aspecto agotado de un viejo gatopardo colombiano. Permanecía allí, silencioso y meditativo, mirando fijamente la lluvia inagotable, compañía permanente de todas sus soledades. Me escabullí en silencio. Sin saber que esa era la última vez que lo vería.

Biografía

Gabriel García Márquez

Aracataca, Colombia, 6 de marzo de 1927- México, 17 de abril de 2014). Premio Nobel 1982. También fue galardonado con el Rómulo Gallegos en 1972.

Es una de las figuras más destacadas del llamado Boom latinoamericano. Universalizó su imaginario pueblo Macondo, convirtiéndolo en uno de los referentes geográficos literarios inevitables, como el Yoknapatawpha de William Faulkner y el Combray de Marcel Proust.

Obras publicadas:

1955 - La hojarasca

1961 - El coronel no tiene quien le escriba

1962 - La mala hora; Los funerales de la Mamá Grande

1967 - Cien años de soledad

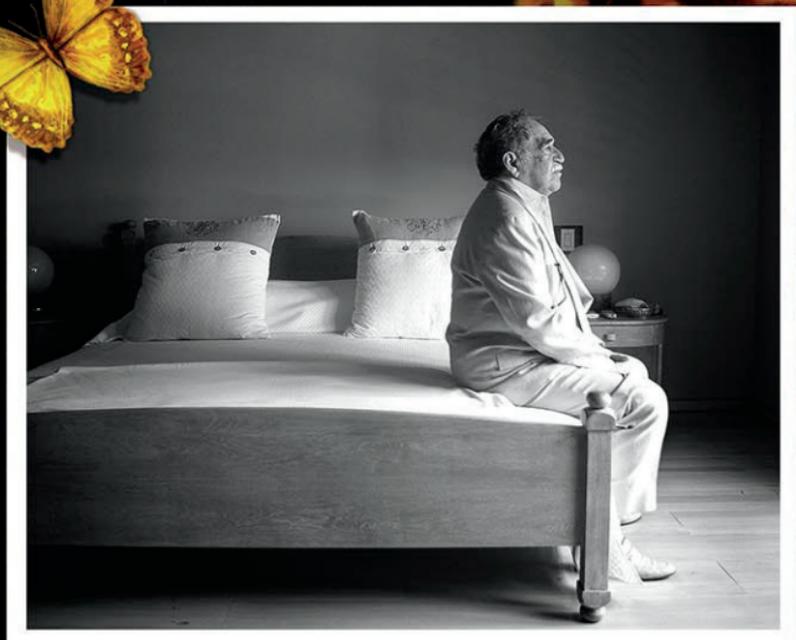
- 1968 - Isabel viendo llover en Macondo; La novela en América Latina: Diálogo (junto a Mario Vargas Llosa)
- 1970 - Relato de un naufrago
- 1972 - La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada; Ojos de perro azul; Nabo, el negro que hizo esperar a los ángeles
- 1973 - Cuando era feliz e indocumentado
- 1974 - Chile, el golpe y los gringos
- 1975 - El otoño del patriarca: Todos los cuentos de Gabriel García Márquez: 1947-1972
- 1976 - Crónicas y reportajes
- 1977 - Operación Carlota
- 1978 - Periodismo militante; De viaje por los países socialistas; La tigra
- 1981 - Crónica de una muerte anunciada; Obra periodística; El verano feliz de la señora Forbes; El rastro de tu sangre en la nieve
- 1982 - El secuestro: Guion cinematográfico; Viva Sandino
- 1985 - El amor en los tiempos del cólera
- 1986 - La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile
- 1987 - Diatriba de amor contra un hombre sentado: monólogo en un acto

- 1989 - El general en su laberinto
- 1990 - Notas de prensa, 1961-1984
- 1992 - Doce cuentos peregrinos
- 1994 - Del amor y otros demonios
- 1995 - Cómo se cuenta un cuento; Me alquilo para
soñar
- 1996 - Noticia de un secuestro
- 1996 - Por un país al alcance de los niños
- 1998 - La bendita manía de contar
- 1999 - Por la libre: obra periodística (1974-1995)
- 2002 - Vivir para contarla
- 2004 - Memoria de mis putas tristes
- 2010 - Yo no vengo a decir un discurso

Gabriel García Márquez

Se terminó de imprimir en el taller de Pregón S.A.S.,
durante el mes de septiembre de 2014,
para la Fundación **CONFIAR**.

Medellín, Colombia.



Fotografía: Daniel Moradinski

¿Qué clase de misterio es ése que hace que el simple deseo de contar historias se convierta en una pasión, que un ser humano sea capaz de morir por ella; morir de hambre, frío o lo que sea, con tal de hacer una cosa que no se puede ver ni tocar ni que, al fin y al cabo, si bien se mira, no sirve para nada?

Gabriel García Márquez



www.confiar.coop